

2. Pocos días hay, y en estos días hay muy pocas horas en que no se ofrezca ocasión de hacer á Dios algun pequeño sacrificio : un chiste, una visita curiosa, un minino vencimiento pueden servir muchas veces para adquirir un gran mérito. No se pase día alguno de la vida sin que hagas á Dios alguno de estos sacrificios : determina cual ha de ser la privación de la mañana. Unas veces podrá ser abstenerse de tal plato, de tal fruta á que te lleva la inclinación ; otras, privarte de tal vestido, de tal traje, de tal gala que te gusta ; otras, podrás sacrificar á Dios una visita, una diversion, un pasatiempo que te agrada ; otras, por el contrario, te vencerás por su amor, y harás una visita de atención y de amistad á una persona que te ha ofendido, que no es de tu genio, á quien miras ya con frialdad ó con tibieza. No se pase día alguno, vuelvo á decir, sin hacer alguno de estos pequeños sacrificios. A golpes de estas industrias espirituales se fabricaron los santos. Ya se ha dicho en otra parte cuánto agrada al Señor el ofrecerle privarse por espacio de un año de algun manjar, de alguna fruta ó de alguna golosina. El amor de Dios es ingenioso.

---

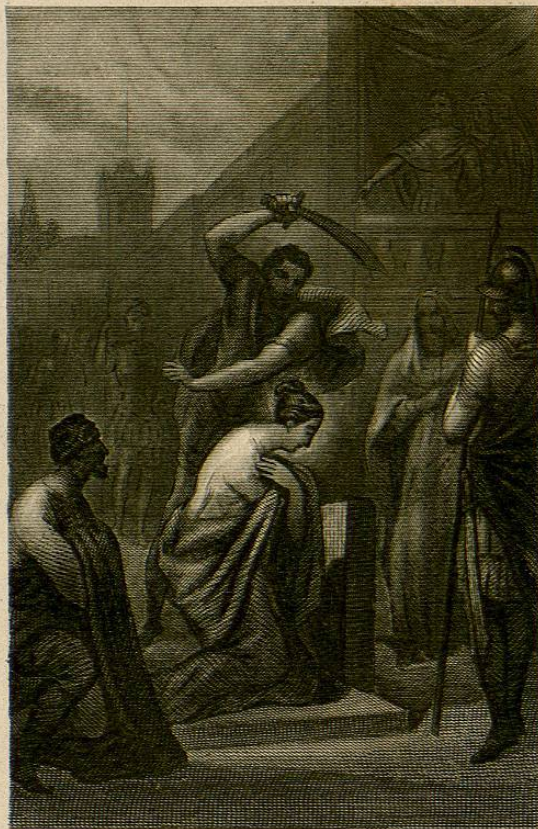
### DIA VEINTE Y CINCO.

#### SANTA CATALINA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Fué santa Catalina natural de la ciudad de Alejandria. Empleó los primeros años de su vida en el estudio de las letras sagradas y profanas ; y como estaba dotada de excelente ingenio, llegó á ser un prodigio de sabiduría. Sucedió que Maximino II, origina-

T. II.

P. 528.



STA CATALINA, V. Y M.

rio de Dacia, y sobrino de Maximiano Galerio, yerno de Diocleciano, entró á repartir el imperio con Constantino el Grande y con Licinio; y como el Egipto pertenecía á su jurisdiccion, era su mas ordinaria residencia la ciudad de Alejandria, capital de aquella provincia. Era Maximino príncipe cruel, no menos heredero de Diocleciano y de Galerio en el odio implacable contra los cristianos, que en la corona imperial. Publicó un edicto en estos términos: *A todos los que viven debajo de nuestro imperio, salud. Habiendo recibido de la clemencia de los dioses un señalado beneficio, hemos resuelto ofrecerles sacrificios en manifestacion de nuestro agradecimiento. Por tanto, os exhortamos á que todos concurráis cerca de nuestra persona para mostrar por vuestra parte el zelo que tenéis por nuestros adorables dioses. En lo demás, si alguno menospreciare nuestro edicto, ó siguiere otra religion, además de que irritará contra sí la cólera de los dioses, será rigorosamente castigado.* Acudieron de todas partes por obedecer al emperador. Estaba el aire oscurecido con el humo de las victimas; pero mientras se ofrecian sacrificios á los demonios, se aplicaba Catalina á sostener la fe de los cristianos, haciéndoles demostracion de que los oráculos del gentilismo eran puras ilusiones, y los que se llaman dioses habian sido hombres mortales, que se hicieron famosos por sus disoluciones; y en fin, que no se podia obedecer el edicto del emperador sin hacerse reos de las penas eternas con que los castigaria Dios, creador del cielo y de la tierra, único Señor que merecia ser adorado. Despues de haber confirmado así á los cristianos, determinó presentarse al mismo emperador para hacer visible su impiedad, escogiendo para est aquel tiempo mismo en que estaba sacrificando á los dioses del imperio. Pidió, pues, que le permitiesen hablarle; y como estaba dotada de una presencia ma-

jestuosa, igualmente que de una rara hermosura, sin dificultad fué admitida á la audiencia. Dijo, pues, al emperador con una resolucion que solamente la fe podia inspirar y sostener, que por sí solo debiera ya haber reconocido que aquella multitud de dioses que adoraba era otra tanta multitud de errores que seguia, pues la misma razon natural estaba demostrando que no podia haber mas que un supremo soberano Ser, único y primer principio de todas las cosas. Pero ya que su misma razon no le habia descubierto una verdad tan patente, debia por lo menos rendirse al testimonio de sus mas sabios doctores, los cuales distinta y claramente enseñaban que no habia ni podia haber mas que un solo Dios, descubriendo el origen de la multitud de sus dioses. Citóle para eso á Diodoro Siculo, á Plutarco y algunos otros, añadiendo le parecia muy extraño que un emperador que por su autoridad y por su carácter debiera desviar los pueblos del supersticioso culto de mentidas deidades, los provocase á ello con su ejemplo. Y por tanto, le suplicaba que se dignase poner fin á aquel desórden, rindiendo al verdadero Dios el supremo culto de adoracion que se le debe, si no queria exponerse á que, cansado de tolerar tanto sacrilegio, le hiciese al fin conocer que era el soberano dueño del universo, quitándole con el imperio la vida. No es fácil explicar lo sorprendido que quedó el emperador á vista de aquel no esperado discurso; pero, por no dar á entender que le habia hecho fuerza, solamente le respondió que no interrumpiria el sacrificio por sus representaciones, y que, en acabándole, le oiria á su satisfaccion. Luego que el emperador volvió á palacio, mandó llamar á Catalina, y le preguntó quién era, y quién le habia dado licencia para hablarle con tanta libertad en un concurso tan público, tan majestuoso y tan respetable. *Quién soy yo*, le respondió la

santa, *es bien sabido en toda la ciudad de Alejandria: llámome Catalina, y mi casa es de las mas illustres del país. Me he dedicado toda la vida al conocimiento de la verdad: Santo mas estudiaba, casi mas iba descubriendo la vanidad de los ídolos que adoras. Mi gloria y mis riquezas consisten en ser cristiana y esposa de Jesucristo. Todo mi deseo es, que tú y tu imperio le ronzcais renunciando las supersticiones en que os habeis criado: esto me dió aliento para presentarme en el templo, sin otro fin que el de hacerte una representacion tan humilde, como importante y verdadera.* No considerando el emperador con suficiente instruccion para contestar á la doncella filósofa, mandó convocar cincuenta filósofos de los mas nombrados, con órden de que se hospedasen en palacio, donde se los trató con la mayor honra, como que eran los maestros del mundo. Aun no habian llegado los diputados del emperador adonde se hallaba la santa para conducirla al teatro de la disputa, cuando se le apareció un ángel, y le dijo que no temiese, asegurándole que el Señor le comunicaria tanta abundancia de luz, que convertiria á los cincuenta filósofos, con otros muchos de los circunstantes, haciéndoles conocer á Jesucristo, y por fin de su glorioso triunfo recibiria la palma del martirio. Dicho esto, desapareció el ángel, y ella entró en el salon de palacio con majestuoso despejo, pero con tan grave modestia y compostura, que, poniendo en ella los ojos una inmensa multitud de personas, ella no levantó los suyos para mirar á ninguno. Diéronle asiento en medio de los filósofos con bastante inmediacion al trono del emperador, que no queria perder ni una sola palabra. Uno de los filósofos se empeñó desde luego en persuadirla á que debia tributar reverentes cultos al sol, bajo el título de Apolo, esforzándose á probar que por sola su hermosura merecia ser adorado, aun cuando por otra

parte no produjese tan ventajosas utilidades al mundo; porque él regla las estaciones del año; él fertiliza los campos con las mieses; él produce los metales en las entrañas de la tierra; él pinta las flores con variedad tan hermosa de matices; él les comunica aquella suavísima fragancia de olores exquisitos; y él, en fin, con su calor y con su influjo infunde espíritu vital en todo cuanto le tiene. De donde concluyó que no se le podían disputar los honores de divino, puesto que por su virtud sustentaba toda la naturaleza. Parecióle á Maximino tan concluyente este argumento, que dió á Catalina por invenciblemente convencida. Pero quedó extrañamente sorprendido cuando oyó la prodigiosa facilidad con que se desembarazó de todo. En primer lugar citó el testimonio del mismo Apolo para probar la divinidad de Jesucristo: despues hizo demostracion de que, si el sol es el mas hermoso de todos los astros, toda la luz con que brilla se la debe á la magnificencia de Dios, probando que está sujeto á su divino poder, pues, cuando Jesucristo espiró en una cruz por la salvacion de los hombres, el sol, por decirlo así, se vió precisado á mostrar su sentimiento, mudando de color, y á la mitad del día cubriendo de tinieblas toda la tierra. En fin, dijo cosas tan convincentes y tan claras, que el filósofo quedó enteramente persuadido. Hizo señal el emperador á los demás para que salieran á la disputa; pero todos se excusaron, diciendo que todos se daban por vencidos en la persona del que reconocian como por su jefe y maestro. Confesaron que no habia mas que un solo Dios verdadero, y que todos estaban prontos á confirmar con su sangre esta verdad, añadiendo el título de mártires á la profesion de cristianos. ¡Oh portentoso triunfo de la gracia, y cuánta verdad es que Dios escogió las cosas mas flacas para confundir á las mas fuertes! Llamó Maxi-

mino á su cólera y á su furor por auxiliares para defender la causa de sus dioses, y la defendió, condeñando á muerte á los que la habian abandonado: recurso feliz que fué causa del mas glorioso triunfo. Pasando aquellos sabios de filósofos á cristianos, sufrieron el martirio con invencible constancia. Convirtió despues el emperador toda su rabia contra Catalina, y la hizo atormentar cruelmente; pero todo lo sufrió con invicta fortaleza la generosa amante de Jesucristo, conquistando para él muchas almas aun dentro de la misma cárcel. La emperatriz, Porfirio, coronel de la primera legion, y otros doscientos soldados confesaron á Jesucristo, y confirmaron con su sangre esta gloriosa confesion. Catalina fué condeñada por Maximino, y la espada homicida abatió al suelo aquella virginal cabeza, que habia rehusado la corona del imperio romano, corriendo de la herida leche, en lugar de sangre, para mostrar la pureza y la inocencia de la víctima sacrificada. Los ángeles que bajaron del cielo para ser testigos de su combate y para honrar su muerte con su presencia, llevaron su cuerpo y le enterraron en la cima del monte Sinai, cantando cánticos de alabanzas á gloria de Dios, que es admirable en sus santos.

## NOTA DEL TRADUCTOR.

« No hace mencion el P. Croisset del tormento de la rueda de navajas que padeció nuestra santa; pero el omitirle no es negarle: ó le omitió por tan sabido, ó dejó de expresarle en gracia de la brevedad que observa en el compendio de todas las vidas, contentándose con declarar el último suplicio que coronó su martirio. »

## SAN ALBERTO, OBISPO DE LIEJA.

Alberto gobernaba en paz la iglesia de Lieja, ciudad de los Países Bajos, cuando estallaron las desgraciadas turbulencias del emperador Enrique VI, hijo y sucesor de Federico I, muerto bañándose en el Cidne, río del Asia, durante una jornada contra los Musulmanes.

Alberto, por librarse de las persecuciones de los soldados de Enrique, se había refugiado cerca del arzobispo de Reims, quien le acogió con el mayor obsequio y veneración.

Mientras el digno prelado recibía así la más cordial hospitalidad del arzobispo, algunos miserables ganados por Enrique VI fueron a Reims, y se insinuaron en la amistad de Alberto, so color de tomar parte en su suerte, viviendo como él en la desgracia del príncipe. Alberto los consoló; y lejos de sospechar su perfidia, los admitió en su casa. Los malvados representaron también su papel, que un día le llevaron fuera de la ciudad, y le mataron el 25 de noviembre de 1192; y luego se fugaron con precipitación. Este asesinato levantó contra Enrique VI la indignación general, y causó una gran pesadumbre al arzobispo de Reims.

La Iglesia reverencia á Alberto como santo; y su nombre se lee en muchos martirologios.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de santa Catalina, virgen y mártir, que fué puesta en la cárcel en Alejandria, bajo el emperador Maximino, por haber confesado la fe cristiana, y en seguida fué desgarrada largo tiempo con escorpiones. Al fin, consumó su martirio siendo decapitada. Su

cuerpo, trasportado milagrosamente por los ángeles sobre el monte Sinai, recibe allí una piadosa veneración del numeroso concurso de cristianos.

En Roma, san Moisés, presbítero y mártir, á quien san Cipriano consoló muchas veces con sus cartas, cuando estaba detenido en prisión con otros. Este santo, habiéndose opuesto con mucho arrojo, no solamente á los gentiles, sino también á los novacianos, cismáticos y herejes, recibió al fin, como lo testifica el papa san Cornelio, el honor de un brillante y admirable martirio en la persecución de Decio.

En Antioquía, san Erasmo, mártir.

En Cesarea de Capadocia, el martirio de san Mercurio, soldado, quien, por la protección de su ángel custodio, venció á los bárbaros, y superó la crueldad de Decio. Adornado con el triunfo de muchos tormentos, entró en el cielo coronado con el martirio.

En Emilia, provincia de Italia, santa Juconda, virgen.

En Marsal, san Livier, mártir.

Este mismo día, san Próspero, confesor.

En Reims, san Reolo, obispo.

En Auragais, san Elan, abad, titular de la catedral de Lavaur.

En Mutier Ruzel en la Alta Marca, san Barbari, abad.

En Vercelles, san Flaviano, obispo.

Cerca de Bugbroc en el condado de Northampton en Inglaterra, san Alnoth, solitario, muerto por unos bandoleros, cuyo cuerpo está en Stove.

*La misa es en honor de la santa, y la oración la que sigue:*

Deus, qui dedisti legem O Dios, que diste la ley á Moysi in summitate montis Sinai, et in eodem loco, per sanctos angelos tuos corpus beatæ Moisés en la cumbre del monte Sinai, y dispusiste fuese enterado en el mismo lugar por mi-

Catharinæ, virginis et martyris tuæ, mirabiliter collocasti: præsta, quæsumus, ut ejus meritis et intercessione, ad montem qui Christus est pervenire valeamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

nisterio de tus santos ángeles el cuerpo de tu bienaventurada virgen y mártir Catalina; suplicámoste nos concedas que por sus merecimientos y por su intercesion podamos llegar al monte que es Jesucristo. Por nuestro Señor Jesucristo...

*La epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría.*

Confitebor tibi, Domine Rex, et collaudabo te Deum Salvatorem meum. Confitebor nomini tuo; quoniam adjutor et protector factus es mihi, et liberasti corpus meum à perditione, à laqueo linguæ iniquæ, et à labiis operantium mendacium, et in conspectu adstantium factus es mihi adjutor. Et liberasti me secundum multitudinem misericordiæ nominis tui à rugientibus, præparatis ad escam, de manibus quærentium animam meam, et de portis tribulationum quæ circumdederunt me; à pressura flammæ, quæ circumdedit me, et in medio ignis non sum æstuata; ab altitudine ventris inferi, et à lingua coinquinata, et à verbo mendacii, à rege iniquo, et à lingua injusta. Laudabit usque ad mortem anima mea Dominum: quoniam eruis sustinentes te, et liberas eos de manibus gentium, Domine Deus noster.

Yo te daré gracias, Señor Rey, y te alabaré, ó Dios y Salvador mio, porque has sido mi ayuda y mi protector glorificaré tu nombre, y porque libraste mi cuerpo de la perdicion, del lazo de la lengua injusta y de los labios de los forjadores de mentiras, y has sido mi defensor contra mis acusadores. Y me libraste segun la muchedumbre de la misericordia de tu nombre, de los leones rugientes dispuestos á devorarme, de las manos de los que querian quitarme la vida, y de todas las tribulaciones que me cercaron por todas partes; de la voracidad de la llama que me rodeaba, y en medio del fuego no sentí el calor; de la profundidad de las entrañas del infierno, de la lengua impura y de las palabras de mentira; de un rey injusto y de las lenguas maldicientes. Mi alma alabará hasta la muerte al Señor, porque tú, ó Señor Dios nuestro, libras á los que esperan en tí, y los salvas de las manos de las gentes.

NOTA.

« Ya se ha advertido en otra parte que la Iglesia llama libros de la Sabiduría ó Sapienciales á todos los libros morales ó doctrinales del antiguo Testamento. El presente se llama *el Eclesiástico*, es decir, libro que predica; y es uno de los últimos libros canónicos. Muchos creen que Jesus, autor del Eclesiástico, fué uno de los setenta y dos intérpretes que tradujeron en griego la ley de Moisés 285 años antes de Jesucristo. »

REFLEXIONES.

*Librásteme de la violencia de la llama que me circundaba.* Esta llama que nos rodea se puede decir que es la pasión dominante, la cual siempre excita en el hombre un horrible incendio que casi nunca se apaga; y para extinguirle, casi siempre es menester como una especie de milagro. La pasión dominante siempre reina como tirana: no da paso que no sea un exceso. A todas nuestras pasiones conviene la razón general de ser extremadas y violentas en todas sus cosas; todos los movimientos de nuestro corazón tienen sus particulares y determinados objetos; la pasión no tiene otro que el exceso, siendo tan esencial en ella el exceder y romper todos los límites, como lo es á la razón el prescribirlos y contenerse dentro de ellos. Si una vez se deja libre el curso á las pasiones, no hay que esperar que nada las detenga, porque un deseo llama á otro. Encendido una vez el fuego, va creciendo, se va dilatando, y abrasa todo cuanto se le presenta; lo que no puede abrasar y consumir, á lo menos lo calienta aunque sea el mismo bronce; ¿qué digo lo calienta? lo disuelve y lo derrite. Pero en esto excede mucho á todas las demás la pa-

sion dominante. Es fogosa, y siempre tiraniza donde manda. El que comienza á ser su esclavo, para en ser su victima. Luego que comienza á dominar, se apodera de todas las facultades del alma. Ella es la que piensa, la que juzga, la que sentencia, la que decide, la que todo lo arregla segun su capricho; ella desvia todo lo que puede apagar el incendio que excitó. Todo cede a la pasion dominante; el natural, la educacion, el honor, la reputacion, et interés y hasta la misma religion; ella es la que puebla el infierno hablando con propiedad. ¿Será esto porque es imposible apagarla? No; pero es porque la pasion dominante en un instante se apodera del alma, cobrando sobre ella un tiránico predominio. No sabe obedecer á los que no la saben sujetar. Se comparan las pasiones en el corazon del hombre á los vientos del mar. Como los vientos agitan el mar y turban su calma, del mismo modo las pasiones forman tempestades en el corazon, y alteran su tranquilidad. Ya levanta la cólera borrascas, ya reina el viento del orgullo, ya sopla el de la vanagloria, y todos nos desvian á muchas leguas del puerto. Unas veces la impaciencia, otras la envidia ó algun desordenado deseo; mas, al fin, estos vientos amainan alguna vez, calman y dan algunas treguas; pero la pasion dominante no entiende de eso, nunca cede. Es un fuego que siempre crece, y nunca se apaga. En cierta manera se puede decir que la pasion dominante es como un género de peccado original, que, siendo uno en especie, produce y fomenta todos los demás; porque, luego que una pasion gobierna y reina con imperio en el corazon, nos induce á todos aquellos peccados que pueden servir para contentarla y para satisfacerla. Aunque se tenga natural horror á otros vicios, como estos conduzcan para dar gusto á la pasion, nos vamos á ellos por un peso que nos arrastra, por un em-

canto que nos fascina, por una ley que nos tiraniza. No solo es la pasion dominante funesta causa de todos nuestros peccados, sino el verdadero origen de todas aquellas falsas máximas, de todos los errados principios sobre que fundamos nuestra errónea conciencia. Los demás vicios pueden sernos forasteros, ó, por decirlo así, como advenedizos; pero la pasion dominante es nuestro propio y nuestro verdadero carácter. El fruto de una verdadera conversion es vencer la pasion que reina en nosotros: es concebir un vivo horror á esta pasion imperiosa para combatirla despues sin treguas ni intermision. Con sola esta victoria quedaremos á cubierto contra todas las tentaciones del enemigo. A los demás vicios se declara la guerra sin dificultad; pero á este ordinariamente se le perdona como al vicio favorecido. Considera cuánto importa vencer enteramente, destruir y aniquilar la pasion dominante.

*El evangelio es del cap. 25 de san Mateo, y el mismo que el dia XXII, pág. 489.*

### MEDITACION.

#### DE LA FALSA CONFIANZA.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que tanto se peca por la poca confianza, como por la demasiada. La primera nace de una culpable pusilanimidad: la segunda, de un fondo de orgullo que mira Dios con horror. La verdadera confianza se funda en la infinita bondad y en la omnipotencia de un Dios que quiere le consideremos como á nuestro padre; y esta confianza es una prueba tan sensible de nuestra fe, que incesantemente nos la re-